

COMO ROPA VIVIDA (Y A PESAR DE LA NIEBLA, DE GOYA GUTIÉRREZ)

He seguido la trayectoria poética (y a través de ella la humana) de Goya Gutiérrez desde aquel “En los atardeceres de los veranos” con que se iniciaba su “Regresar” (Bauma, cuadernos de poesía, Barcelona, 1995), hasta las “mil voces, cargadas de petunias, de los nidos”, con que finaliza este “Y a pesar de la niebla”, de flexible edición apaisada en el azul y blanco de un horizonte aéreo. Y aún antes, en las tertulias que nos reunían llenos de inquietudes y deseos de compartir nuestra escritura, de vez en cuando, en el –para nosotros, ¿verdad, Goya?- mítico café *Bauma*, frente a la Casa de les Punxes (Concha García, M^a Cinta Montagut, José Ángel Cilleruelo, Sergio Gaspar, Rosa Lentini, Albert Tugues, Eduard Sanahuja, Esther Zarraluki, Neus Aguado, Teresa Shaw, Rodolfo Häsler, Jordi Virallonga... cuántos, cuántos nombres...) He de confesar que mantengo hacia aquellos amigos – que lo siguen siendo- una fidelidad personal y poética de la que me enorgullezco, porque he disfrutado de sus avances y crecimiento como si formásemos parte de una misma familia elegida, sin doblez. Y dentro del grupo, particularmente, de Goya Gutiérrez, porque su evolución marcó desde su segunda publicación un sentido de lucidez vital que la llevó a la búsqueda de un lenguaje específico en el que el pudor de su concepto críptico de la realidad poética profunda, se convertía en la mejor de sus herramientas para dar a conocer una poesía de líneas bien definidas, afilada, esculpida, sin concesiones a lo fácil. El suyo es un intimismo de observación y defensa, de resguardo de la intimidad ante la agresión gratuita sobre lo expuesto a una intemperie no controlable, proclive a lo capcioso de los malentendidos. Así, ha ido abriendo su vulnerabilidad con lentitud, paso a paso, afianzando cada nueva entrega sobre las anteriores, hasta llegar a este “Y a pesar de la niebla” donde se observa una mayor relajación expositiva, un sosiego que emana de la sabiduría de un proceder que se ha consolidado desde su propia esencia, con rigor, con esfuerzo, con honestidad. Siempre la poesía es un tanteo, pero el acierto de lo previo –sobre todo de su anterior libro:

“Grietas de luz” (Vaso Roto, 2015)- ha propiciado una mayor flexibilidad en la presente entrega, donde la riqueza de escenarios y la diversidad de temas subyacentes (los viajes, temporales o físicos; la asunción del amor en madurez existencial y de lenguaje, la vida como experiencia de límites contrapuestos) se unifica mediante una escritura pausada, extendida, de léxico cuidadoso y ritmo tendente a la reflexión, que engloba y articula las tres secciones del libro en un coherente recorrido único al que el lector es invitado a veces como expectador y a veces en calidad también de protagonista mediante la aportación de su propia memoria a lo leído.

La composición versicular de este libro, y esa segunda persona hacia quien van dirigidos los poemas iniciales, establecen en su comienzo una distancia epistolar que convierte al lector en voyeur de lo compartido. Hay un distanciamiento inicial –que después será sorteado- que permite la contemplación de las emociones transmitidas como un paisaje sobre el que no se puede intervenir. El lector asiste como espectador a un despliegue de sensaciones particulares porque la poeta, al nombrar, da consistencia en tiempo presente a lo nombrado, a veces la infancia como territorio de la consecución, la memoria sacrificial de los antiguos ritos: la trilla como renacer a un nuevo tiempo, estío o pubertad. “El cuerpo había sido hollado y escindido, / y el trigo, como el hijo que ha superado el ciclo / de la pubertad, quiere ser aventado.” El tiempo desacelera el curso del dolor, adensa la corriente, la enfría, la enlentece. Invierno, primavera... la dulzura de las moras, atalayas, vagones luciérnagas... Esos regresos ocasionales a la infancia endulzan la memoria y recuperan en nueva relectura una realidad de la que acaso sólo permanece esta forma de recordar. La poeta, fue... ¿lo que fue... o cómo lo recuerda? Desde luego, es lo que ahora escribe, pues suya es la potestad de elegir qué recuerdo y cómo situarlo en un contexto de viajes, de consolidación de la palabra poética como baluarte desde el que afrontar el futuro. Sí, el viaje como ceremonia de purificación: Jaipur, autobuses, jaimas, la escuela, Iguazú, Londres; la memoria como escenario de lo lejano, paisajes y experiencias que han ido transformando nuestro itinerario haciéndonos llegar hasta quienes somos, un camino continuo dual de enriquecimiento y despojamiento. Quizás conocer implique valorar lo

importante de cada experiencia. Y al final: el lenguaje como evidencia en la que transcurre todo, en la que acontecemos. Lo percibido trasciende en la escritura, que es pura decantación en este caso, cuidadosa elección de cada contexto, y de cada frase dentro de cada contexto. “Y a pesar de la niebla” es un libro desplegado como ropa vivida, en el que el amor es la coartada desde la que recordar, aquilatar cada palabra, retener cada emoción, compartir cada experiencia –sustrato de lo que somos-.

Desguarnecido, el poema dedicado a Lara, la hija, ofrece las claves más sencillas, aplicables a toda su obra. El miedo era una prudencia innecesaria, porque en el fondo de toda verdad fluye el agua clara, esa “dicha cotidiana de estar vivos”.

Culmen del libro, y con él de toda la obra de su autora, es la última sección, a la que da título –recalcando el de la cubierta- la cita de Pizarnik. El puro gozo de la expresión esplende extendido sin límites. Encomendada a la belleza, la poeta celebra la palabra como un rito de plenitud. Fluye la lucidez a que se ha hecho acreedora, ya ganado el lector para cualquier encomienda que presuponga entrar en esta poesía sin reservas. El amor justifica todos los viajes, los pasados y los futuros y, sobre todo, el presente. Hemos vivido para llegar a esto, para “aclarar la mirada” “a pesar de la niebla”. Porque nada puede emboscar una realidad profunda que no precisa ser mirada para ser vista, “en el silencio pleno de existir en los nombres”.

El camino que ha recorrido Goya Gutiérrez es inmenso desde su primera entrega, y cada nuevo paso es la sorpresa de un nuevo horizonte que se va desplegando a medida que ella avanza. Clara pista la da su insistencia en titular en clave de viaje, de itinerario en ocasiones pendular, pero siempre iniciático, en una continua implicación personal de la biografía como experiencia: “Regresar”, “Desde la oscuridad”, “La mirada y el viaje”, “Hacia lo abierto”, “Grietas de luz”, “Y a pesar de la niebla”. Dueña de sus palabras y feliz administradora de ellas, ha accedido a un estadio de inmediatez de la plenitud poética, de goce de vivir desde la certidumbre de conocer lo importante de la vida y saberse capaz de compartirlo. El lector podría decirle a la poeta que a través de este libro ha llegado a “saber tu corazón abierto y conectado”, porque lo que comenzó siendo distancia, objetivo despliegue de

recursos, ha culminado en una celebración muy por encima de los ratos oscuros: la vida –a pesar de su inherente contrasentido- siempre llega a buen puerto. Se ha alzado la niebla que podía ocultar obstáculos, trampas, emboscadas, laberintos... y lo que ha puesto al descubierto es en realidad un paisaje de esfuerzos, de consecuciones, de trabajos superados, de momentos compartidos, de sosiego al final de la incertidumbre. Es un presente pleno de expresión y de vida. Afianzado en su escritura, “Y a pesar de la niebla” es un logrado punto y seguido que nos aboca con expectación y alegría hacia la entrega siguiente, que llegará –nuevamente creciendo-seguro.

FEDERICO GALLEGO RIPOLL

(Notas de lectura sobre *Y a pesar de la niebla*, de Goya Gutiérrez. In-Verso, Barcelona, 2018)